

05 Política juvenil: el anhelo de originalidad y la participación.

José Raúl Pliego Hernández.

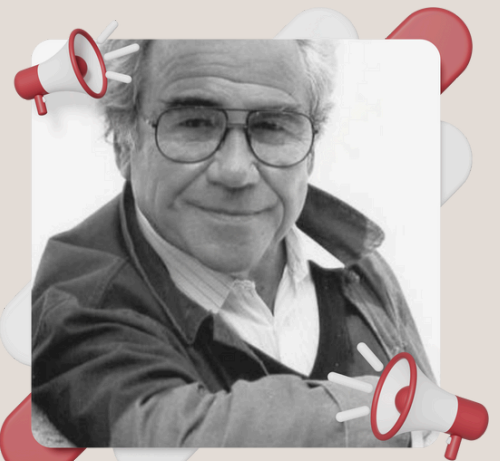


En años recientes, hemos sido testigos del surgimiento de una política que celebra la "*participación juvenil*" como indicativo de una nueva y creciente democracia.

En el espacio público, los foros, parlamentos juveniles y eventos dan la impresión de un diálogo intergeneracional sin precedentes. Sin embargo, detrás de esta falsa inclusión se oculta una pregunta filosófica fundamental: ¿es esta participación una verdadera apertura del espacio político o, en cambio, un nuevo método de control que finge el cambio mientras mantiene las estructuras de poder sin alteraciones?

Este ensayo sostiene que lo que hoy se presenta como política juvenil responde con frecuencia a lo que el filósofo y sociólogo francés J. Baudrillard denomina "*simulacro*": una representación que ha reemplazado a la realidad. Lejos de ser un espacio para un diálogo auténtico, se ha transformado en un mecanismo que canaliza y mantiene reprimido el potencial revolucionario de la juventud hacia formas inofensivas.

El fenómeno se explica por lo que el filósofo surcoreano Byung-Chul Han ha llamado "*sociedad del rendimiento*": el joven actual no es tanto oprimido por una fuerza de afuera, sino más bien motivado a autoexplotarse en nombre de una libertad engañosa. Se le invita a "*emprender*", "*participar*" y "*transformar*" continuamente, pero siempre dentro de los límites de lo controlable y políticamente correcto.



Estos espacios participativos operan como lo que el ensayista alemán P. Sloterdijk denominaría "cinismos ilustrados": tanto los organizadores como los participantes son conscientes, en alguna medida, de la naturaleza ficticia del ejercicio; sin embargo, todos se comportan como si confiaran en su autenticidad. El resultado es una paradoja en la que, a pesar de la abundancia de participación, no existe un poder real.



Se puede cuestionar: **¿la juventud es de verdad un sujeto político unificado, o es en realidad una construcción discursiva que sirve a ciertos fines políticos?** Esta "nueva política" tiene la tendencia de homogeneizar a un grupo muy diverso, al reducirlo a estereotipos que van desde la "inmadurez política" hasta la "energía transformadora". Cuando se define y delimita lo que es ser joven y se determinan los canales de participación legítimos, se ejerce un poder abrasivo que forma ideales sumisos.

El existencialismo nos enseña que para ser originales hay que reconocer y resistir la mala fe a nivel colectivo, "ese autoengaño con el que se acepta un rol predefinido para evadir la responsabilidad de la libertad". En este contexto, ser original significaría rechazar el rol de "joven participativo" que se le asigne y buscar maneras de actuar políticamente que pongan en duda los cimientos del sistema.



Esto no quiere decir que se dejen de lado los espacios institucionales, sino que se habiten de manera estratégica, utilizando la ironía socrática, "ese método de cuestionar desde adentro, fingiendo ignorancia, para exponer las propias fallas del discurso oficial" para revelar sus contradicciones. Se trata de mantener la tensión entre la lucidez y la rebelión, como lo diría el filósofo Camus.

Idear maneras de actuar que progresen dentro del paradigma participativo contemporáneo es el auténtico reto político y filosófico. Esto supone admitir que la cuestión no es únicamente la escasez de poder en los lugares existentes, sino también cómo se define la política juvenil. Una política juvenil auténtica debería tener la capacidad de cuestionar los términos mismos del debate, renunciando a la lógica del espectáculo político y volviendo a ocupar el espacio propio: aquel en el que las personas pueden mostrarse tal como son en realidad, no como representantes de una categoría demográfica.

La política juvenil contemporánea se encuentra en una dificultad filosófica: tiene la posibilidad de seguir siendo un ornamento en el teatro del poder o de transformarse en el ámbito donde se plantee la cuestión más radical acerca del significado de lo político en nuestra época. La verdadera participación no se basaría en tener un puesto en los congresos, sino en la posibilidad de interrogar quién creó esta realidad, con qué recursos y con qué propósito. Se trata de volver a adquirir la habilidad de modificar lo que ya existe y, especialmente, cuestionar lo establecido.

En última instancia, el asunto de la juventud en la política se muestra como una cuestión acerca de la autenticidad política durante un período caracterizado por la simulación, la imagen y las redes sociales.



Tal vez la solución no esté en participar mejor, sino de otra forma: *más incómoda, más clara y más auténticamente filosófica.*